

No bien acaba de atravesar el foso, cuando un rayo se desprende de las nubes, cae sobre la puerta principal y no solo derriba dos almenas, sino que prende fuego al edificio.

Quién puede bastar á describir la escena de horror que tuvo lugar entonces, en medio de los desencadenados elementos, en medio del espantoso cuadro de la naturaleza?

Monforte al frente de sus hombres de armas, hace los mayores esfuerzos para apagar el fuego que va tomando un terrible incremento.

Blanca sorprendida en medio de un rezo por el resplandor del incendio, se asoma á una enrejada ventana.

— Pérfido caballero, — gritó al conde que está rodeado de un mar de llamas tratando de cortar sus progresos, — el fuego del cielo devora la casa del perjuró. Anatema sobre la frente del impío!

La voz de la bella novicia ha sonado cual un eco de muerte á los oídos de Monforte. Aquella voz que parece haber salido de entre las llamas, como un aviso del cielo, como la maldición del Eterno, ha penetrado terrible en el corazón del raptor que tiembla y vacila por vez primera en su vida.

En esto una enorme viga abrasada se desprende del techo y cayendo sobre el conde le hiere mortalmente.

Sus hombres de armas se precipitan, arrancan al caballero de entre el incendio y lo transportan á su lecho sin sentido.

Al cabo de tres horas de esfuerzos desesperados, consiguen hacerse dueños del fuego. El peligro ha desaparecido pero el conde está en su agonía.

Bien pronto sonará por él la campana fúnebre del monasterio. El impío ha caído pulverizado por el fuego celeste.

En su lecho de muerte, para alcanzar el perdón de Dios, Monforte había mandado que se diese libertad á Blanca y á Ramiro.

Los dos amantes se habían arrojado en brazos uno de otro.

Pero, ay! la huérfana pertenece ya al Señor y no consiente jamás en casarse por no romper los santos votos que, aunque no formalizados anteriormente, había ya pronunciado en su corazón.

Tornó pues á su monasterio después de la muerte del conde.

En cuanto á Ramiro, no habiendo ya nada para él en el mundo sin el amor del ángel del castillo, vistió el tosco sayal del penitente y fué en pere-

grinacion á Jerusalem de donde, como hemos ya visto, pasó á reunirse con el anacoreta del Carmelo y á vivir religioso entre las solitarias breñas del monte de los Eliotas.

IX.

DEMOS UN PASEO POR EL DESIERTO.

Por fin hemos llegado: vamos á ocuparnos del monasterio cuyo nombre vá al frente de estos capítulos.

Está situado en los montes que separan á Benicasim de la Pobla y el lugar delicioso en que se eleva se presenta al viajero á modo de anfiteatro con sus picachos llamados *Agujas de Santa Agueda*, *Ermida del hermano Bartolo*, *Montevideo*, *Monte Sion*, y el castillo de *Montornés*.

Un escritor viajero que posterior á nosotros ha penetrado en aquellas soledades, ha hecho del lugar á que nos referimos una descripción bastante exacta para que, contando con su permiso, nos tomemos la libertad de trasladar aquí algunos párrafos de su bello escrito.

«Apenas habíamos dejado á nuestra espalda, — dice el viajero á que nos referimos, — la cruz que sirve como de término á la heredad de aquellos padres, hirió nuestros oídos el lejano sonido de una campana que llamaba á los habitantes de las masías del contorno, y á los que como nosotros se dirigian á aquel sitio, á la participación del sacrificio de la misa.

«Instintivamente torcimos el camino, y guiados por la voz de bronce que sin cesar sonaba, fuímonos acercando, y siempre en una ascension difícil, que nos impedía distinguir el punto de la reunion religiosa, hasta que traspuesto un espeso matorral que cubre la cima del empinado monte llamado de Sion por los cenobitas, vimos acercarse por una senda horizontal á nuestra

vista una porcion de labradores de ambós sexos que se dirigian al lugar del ermitorio.

«Tiene este su asiento junto á la *porteria alta* en la cresta de uno de lós montes que sirven de cercado á la soledad de aquellos sitios, y dá su frente al S. O.

«Cualquiera que subiendo de Castellon, ignorase el destino de estos lugares solitarios, tomara dicha porteria por la entrada de una antigua fortaleza. Elévase en el centro la gran puerta, á cuyos lados figuran dos columnas de tosca amoladera, y tiene una elevacion de treinta piés; de sus ángulos se estienden dos lienzos y avanzándose ocho piés, dos ermitas que parecen dos perfectos baluartes.

«Una de estas era la destinada para la celebracion del santo sacrificio, y reunidos los circunstantes debajo de un pórtico pequeño, que dá sombra á la puerta, esperábamos al religioso. Estraño nos pareció se celebrasen los oficios divinos en un lugar que, á la falta de capacidad, añadia el inconveniente de tener que traer desde el convento los ornamentos y vasos sagrados, cuando en él existe un templo de hermosas proporciones. Ansiosos por conocer la causa de esta particularidad, nos adelantamos á saludar al cenobita que se acercaba y le pedimos el orijen de esta práctica.

«— El trato y abstraccion del mundo, — nos contestó, — son una ley tan severa de nuestros institutos, que no podemos tratar con persona alguna del siglo, porque nadie puede entrar ni ser admitido en todo el distrito del desierto sin licencia del provincial ó general, y ni aun estos prelados pueden darla á las mugeres: antes para que las cercas de estos bosques no sean pisadas por planta alguna de este sexo, hay escomunion mayor de Gregorio XV conminada contra aquella que penetre en este yermo. Pero, los tiempos han variado, y lo prescrito en nuestras leyes, solo tiene fuerza en el interior del monasterio, donde admitimos en la actualidad á los varones que la curiosidad conduce á visitarnos. Esta prohibicion con respecto á las mugeres, hace que vengamos á este sitio á ofrecerlas el sacrificio de la Cruz, y con ellas á los hombres.

«Seguímosle, y ocupamos un rincon del ermitorio, construido bajo la invocacion de San Juan Evangelista; componíase de dos piezas separadas por un tabique con una puerta, á cuyo frente estaba el ara y sobre ella una estátua del Santo, de mérito muy escaso: la primera pieza ocupada por los fieles, estaba dividida en dos partes iguales por una verja de hierro para la separacion de entrambos sexos.»

Dejémosnos ahora de seguir al viajero citado, y tomando por punto de partida la ermita en que nos ha colocado la lectura de los párrafos que le hemos pedido prestados, salgamos de ella con objeto de recorrer el desierto y empecemos por detenernos en la cumbre del monte Sion para admirar un tan vistoso como rico panorama que esplendente se desarrolla allí á nuestros ojos.

Elevadísimos montes aprisionan y cercan este sitio por Oriente, Norte y Occidente; solo por el Sud abren un ancho boqueron por donde se divisa la lujosa cinta del Mediterráneo á dos horas de distancia; en el centro, como cumbres artificiales de un pintoresco belen, se elevan numerosas eminencias, bellos montecillos coronados por las ermitas de San Juan Bautista, Nuestra Señora del Cármen, Nuestra Señora de los Desamparados, de San Elías, San José, San Antonio, Nuestra Señora de Monserrate, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, la del Nacimiento, y fuera ya del circuito, mas allá, en la cima de un empinado monte, la de San Miguel. Ocultos entre la enramada, asomando misteriosos por entre la espesa vejetacion, vense tambien desde allí los antros ó grutas de San Francisco, Santa Eufrasia, San Pablo, María Magdalena, Santa Egipcíaca, San Eutimio, San Cariton, San Sabas, San Elías, y hácia el centro, en la vertiente de un hondo valle, se levantan las ruinas del antiguo monasterio. Por las indicadas ermitas acostumbra á esparcirse los actuales padres del convento, siguiendo la costumbre de sus antecesores, y allí piadosos y solitarios, se entregan durante cierto número de dias á religiosas y severas prácticas de oracion y de penitencia.

Por todas partes vé la absorta vista alzarse bóvedas de follaje con sus árboles preciosos y sus rumorosos acentos; allí un campo de frutales que lozanos conserva la benignidad del temperamento; acá las palmeras que doblegan su airoso talle; mas allá los algarrobos de frondosas ramas; á un lado bosques de pinabetes donde apenas osa penetrar el aire, al otro los sombríos olivos y el ciprés de enhiesta frente; aquí la higuera y el nopal, allí la encina centenaria y el olmo blanquecino, mientras que sentado sobre la meseta de un monte, al pié de un empinado cerro, como un gigante que descansa, el convento nuevo, circuido de cipreses y viñedos, domina este cuadro y clava sus ojos en las profundidades de los bosques donde brotan seis fuentes, sin otros arroyuelos que nacen en los barrancos, los que conducidos por canales van á fertilizar tres grandes huertos y algunos campos de trigo para sustento de los religiosos.

Recorrido todo el brillante panorama con la vista, mueva el viajero sus

perezosos pasos y tome la direccion del monasterio. Le llevará hasta el edificio una larga y desigual calzada, de cuyas cunetas se levantan dos hilos de cipreses, alternados de *estaciones* con azulejos de Roma, que representan varios pasajes de la pasion de Jesucristo, y á cuyo extremo se levantan dos columnas de corta elevacion coronadas con dos estatuas de barro con los nombres de San Eudon y San Autimo.

Forma el edificio un cuadrilongo de 150 piés de longitud, 110 de latitud y 40 de elevacion con dos cuerpos ó pisos; en el primero se distinguen diez y siete ventanas uniformes sin adornos y en el segundo diez de ellas, en el centro de las cuales se levantan cuatro arcos de medio punto blanqueados, que sostienen otro cuerpo de forma triangular de órden compuesto, en cuya altura descuella una estatua de yeso de Santa Teresa de Jesus.

El templo es de dimensiones regulares pues cuenta 100 piés de longitud sobre 40 de latitud en el crucero y 50 de elevacion; su arquitectura es de órden dórico, con pilastras revestidas de yeso y chapiteles dorados; sus cornisas de molduras muy comunes, dan comienzo á la bóveda, donde se ven pintados al fresco un gran escudo del Cármen y un corazon traspasado de una flecha. Del crucero se destaca una media naranja sin linterna, en cuyos ángulos se miran cuatro medallones, pintados ciertamente con bien pobre gusto.

Ninguna particular belleza encierra en sus altares que son siete: solo el de San Gerónimo presenta una estatua de este santo al natural, de madera, que se hace notar por su majestuosa y contemplativa expresion; y en el mayor un cuadro al oleo de grandes proporciones que representa una vision de Santa Teresa, y que se hace admirar por su buen dibujo y la verdad de las formas. El coro avanza hasta la mitad de la nave á la altura de unos doce piés, y debajo tiene su asiento la sacristía que es cómoda y espaciosa. A la izquierda se ve una puerta que conduce al panteon, donde, colocados en sus nichos, reposan los cuerpos de los padres que han muerto en el convento. Un grande tarjeton espresa su nombre y sus virtudes, sin mas adornos ni alegorias. Allí no hay mas que la muerte en toda su elocuente sencillez.

Una porcion de cuadros y un número mucho mayor de grabados, copia la mayor parte de los grandes maestros, adornan los claustros y ermitorios. Pocos son los que se distinguen por su perfeccion. Entre estos pocos, merece citarse un grabado de *Juan Cousin de Sanserven* que está colocado en el claustro del primer piso, junto á la espaciosa hospedería. Representa el juicio final y es un

bellísimo pensamiento que á su complicada concepcion añade toda la poesia de que es capaz tan sublime asunto. En uno de los ángulos del mismo claustro se ve un Cristo atado á la columna, que es admirable de expresion y majestad. Mas léjos y colocado sobre un retablo se encuentra un pasaje de la historia del Señor, que parece pertenecer á la escuela italiana. Mas adelante se descubre el martirio de dos Carmelitas, que mueren con la vista fija en dos ángeles que les alientan y que van á ceñirles una corona de flores. Tambien son dignos de ser mencionados por su gusto y perfeccion los cuadros de Santa Teresa, San Eloy, la Virgen del Cármen y el que representa la muerte de algunos religiosos en el Carmelo, víctimas del furor mahometano. Son debidos todos esos cuadros al pincel de los acreditados pintores que florecieron en Roma al declinar el siglo pasado, época en que se llenó el monasterio de tan preciosas joyas, debidas al celo é ilustracion del padre José de la Asuncion que se encontraba en aquella capital de procurador general de la órden.

Ahora digamos algo acerca la historia del monasterio. Es corta y poco interesante, pero debe hallar cabida en nuestra obra tratando de cumplir con la mision que nos hemos propuesto.

Cuando, separados á mediados del siglo XVII de Cataluña, los padres Carmelitas se encontraron sin morada, muchos fueron los lugares que buscaron para establecerse en un desierto. Dirigieron primeramente los ojos al reino de Aragon de donde procedian, pero por razones que no son de este lugar, quedaron infructuosas sus tentativas de adquisicion. Malogradas pues todas las diligencias para un establecimiento en Aragon, pensaron en el reino de Valencia, y quiso entonces la casualidad que se les señalase como muy á propósito para su idea un sitio cercano á Castellon de la Plana. Fué inspeccionado, y gustó por la semejanza que guardaban sus montes con el Carmelo de Oriente.

Practicáronse todas las diligencias necesarias para adquirir el terreno que era propiedad del señor baron de Benicasi, y, despues de graves dificultades, el *Desierto de las palmas* pasó á poder de los Carmelitas comenzándose á principios del siglo XVIII la construccion del convento ahora arruinado — cuya estension é interior repartimiento todavía se pueden rastrear por entre las paredes que en pié quedan — y dándose en el año de 1732 fin á la obra con el trabajo de los religiosos y los buenos oficios de los pueblos del contorno. Fué ocupado el edificio por los padres que antes vivian en ermitas esparcidas por los montes, y en el mes de Abril del mismo año se bendijo la iglesia.

La abstraccion mas completa de las cosas mundanas, el silencio, la oracion, la penitencia, el socorro á los pobres que llegaban á las cercanías del desierto, formaban la base de sus institutos y á ellos arreglaban su conducta aquellos piadosos cenobitas.

Pero no tardó en sobrevenir un infausto acontecimiento que obligó á los eremitas á dejar su cómoda y tranquila morada. Por el mes de setiembre de 1783, en ocasion en que se hallaban afligidos por una sequia abrasadora que habia arruinado sus cosechas, se desencadenaron sobre el yermo unos furiosos temporales. Tres meses duraron. Negros nubarrones de amenazador aspecto estaban siempre constantemente fijos sobre el convento, llenando de pavor á los pobres habitantes del yermo; el rayo y el trueno, compañeros del huracan, sobrecogian á todos; el cielo parecia haber abierto sus vastas cataratas y los torrentes rugian espantosos arrastrando en su caida árboles y plantas. Como si no fueran aun bastante los males padecidos, tras las borrascas vinieron convulsiones volcánicas, que, si bien de corta duracion, causaron efectos de trascendencia: la tierra se abrió en cimas; el monte en cuya cumbre se levanta la ermita de Santa Teresa, se bajó dos estados; las de San José y San Antonio Abad cayeron destrozadas, y la del Nacimiento quedó muy resentida.

A consecuencia de todo esto, el convento, particularmente las partes del Oeste y Mediodía, corria riesgo de un desplome. Un arquitecto famoso fué consultado y, despues de haber inspeccionado el edificio, demostró que toda reparacion era inútil. Mas que de la furia de los elementos, el mal provenia de la flojedad del terreno.

Abandonóse pues el edificio, y no tardó el padre provincial del convento de Valencia en ordenar la construccion del nuevo monasterio que es el que en el dia existe.

Reducidísimo es el número de los padres que en él habitan actualmente. Ya al principio hemos dicho la razon porque no han desaparecido del todo como los demás.

Cuando en 1835 sonó la hora de proscripcion para los frailes, el ayuntamiento de Castellon, admirador de las virtudes de los padres que ocupaban el desierto, elevó una rendida solicitud á la Reina pidiendo no se comprendiese á esta comunidad en lo prescrito en el decreto.

Castellon veia que los pobres del contorno tenian en dicho monasterio un asilo de beneficencia donde sus moradores estaban siempre dispuestos á partir su pan con el desgraciado; tenia en cuenta los grandes servicios que esos

ejemplares padres habian prestado á la ciudad, cuando el cólera afligia á sus habitantes y les diezmaba, en cuya época, sobresaliendo entre los religiosos de las demás órdenes por su caridad, esos cenobitas, con una abnegacion sublime, bajaron de su yermo y se encontraron siempre á la cabecera del moribundo que pedia los consuelos de la religion; conocia que, apartados los padres de esos montes, debia convertirse prontamente en una peligrosa ladronera, y no pudo menos de proteger con su influencia, movido además de gratitud y por política, su conservacion en el desierto.

Acto fué merecedor de todo elogio en aquellos tiempos donde era un crimen proteger á un fraile.

El gobierno accedió á la esposicion, previniendo á los religiosos que abandonasen el hábito de su orden y tomasen el clerical, dejándoles en arriendo al mismo tiempo lo que antes poseian en propiedad.

Digno premio á las virtudes de unos venerables anacoretas que todo el país bendice y que en todas partes tienen seguras y firmes simpatías! (1)

Antes de concluir, todavía recojeremos una peregrina leyenda, una de esas poéticas historias que la tradicion nos conserva haciéndolas pasar de boca en boca, y que desgraciadamente empiezan á perderse en nuestro siglo incrédulo, si prontamente no se acude á recoger las que nos faltan de los labios del anciano campesino próximo ya á depositar en el suelo comun la dura carga de su fatigosa jornada.

En una de nuestras páginas anteriores hemos citado un pico que tiene por nombre la *Ermita del Hermano Bartolo*. En lo mas elevado de esta cima que toca á las nubes, colocada allí como un nido de águila, entre la tierra y el cielo, distinguiendo las tres provincias de Valencia, Cataluña y Aragon, vése la gruta donde un hombre pasó muchos años de su vida entregado á severas prácticas, á terribles penitencias, á mortificantes ayunos y á continuas oraciones.

Quién era ese hombre? Nadie lo sabia. Su pasado estaba envuelto en sombras. Era un ser misterioso, un gran pecador sin duda.

La excesiva mortificacion á que se entregaba, la constante penitencia que ni un momento suspendia, su aislamiento, su vida salvaje diremos mejor, todo contribuyó á valerle en el país una celebridad realzada entre el vulgo por el misterio impenetrable que envolvía su pasado.

Quien le hacia un príncipe, quien un rey, quien un opulento señor extranjero, quien un moro que se habia convertido.

(1) Véanse las notas al fin del tomo.

Toda la comarca hablaba del hermano Bartolo, su nombre resonaba en los paises mas lejanos entre los de los mas austeros penitentes.

Cuando murió legó su nombre á la cima en que, piadoso y anacoreta, llorando y rezando, habia visto transcurrir tantos años.

La tradicion ha descubierto despues quien era este austero penitente.

Contaríamos su historia si otra pluma mejor no se nos hubiese ya adelantado. Deseoso de apurar todos los medios posibles para averiguar circunstancias que pudieran suministrarle alguna luz sobre la vida del hermano Bartolo, el autor de esas líneas escribió á su jóven amiga Doña Amalia Fenollosa, célebre poetisa residente en su patria Castellon de la Plana, para que le dijera cuanto sobre el particular lograra investigar. La permanencia de la esclarecida poetisa cerca del *Desierto de las palmas*, y su amor á las tradiciones y á todo lo que pueda rozarse con la historia de su patria, le eran una especie de garantía del buen éxito.

La digna poetisa hizo mas de lo que el autor podia y osaba esperar. No le envió los apuntes, pero le remitió la tradicion escrita, y escrita ciertamente en muy bellos versos como todos los que han brotado de su galana pluma.

Atrévase á confiar el autor que los lectores de esta obra la leerán con gusto; en esta seguridad la ha reservado un lugar en sus páginas. Á mas, servirá por un momento de grata distraccion á la monotonía de su prosa.

Hela ahí:

LA TORRE DE LA RENEGADA.

I.

ALAOR.

A distancia no lejana
De la pequeña Oropesa,
Sobre el empinado cabo
Que el nombre del pueblo lleva,
Álzase ruinosa y triste,
Pero imponente y soberbia,
Una solitaria torre,
Cuya posicion demuestra
Haber sido en otro tiempo
Vigia de la ribera.
Nada de esto sin embargo

Hoy la tradicion nos cuenta,
TORRE DE LA RENEGADA,
Llamándola porque en ella
Sucedió lo que dá márjen
A su nombre y la leyenda.
Nosotros que no queremos
Del perfume que rodea
Las crónicas populares
Robar la preciosa esencia,
Que á través de siglos varios
En la mente se conservan

Del anciano que á sus hijos
Con misterio las revela
Cuando en el invierno crudo
Al hogar chisporretea
El tronco de dura encina,
Y trabajan las doncellas
Escuchando lo que todos
Dirán despues á sus nietas,
Referiremos el caso
Con su anticuada pureza.

Érase del largo imperio,
Del musulman en Iberia
La época mas famosa:
Su ley acataba Edeta,
Y aunque el árbol de Sobrarbe
A la jente aragonesa
Hijos de Arista, les dió
Su nativa independencia,
Y los nietos de Wifredo
Herederos de su fuerza
En la condal Barcelona
Tremolaban sus enseñas;
Varias ciudades, bañadas
Del Serabis é Idabeda
Los sectarios de Mahoma
Conservaban con fiereza.
Segóbriga la romana
Gentil se mostraba entre estas,
Y cercana como muchas
A las cristianas fronteras,
De escaramuzas y choques
Que las gentes agarenas
Provocaban sin descanso
Invadiendo ajena tierra,
Era testigo mil veces,
Cual de la bravura inmensa
Con que su gefe Alaor
Su noble vida desprecia.
Hijo de Hasem, el cadí
De aquella ciudad soberbia,
Gobernador del castillo
Cuya custodia le entregan,
Con sus veinte y cinco años
Y un alma grande y serena,

Despreciando la molicie,
De los muros que le encierran
Dejando el mando á su padre,
Con su tropa aventurera,
Nunca vuelve sin botin,
Sin cautivas ó preseas.
En el tiempo que decimos,
Despues de una corta ausencia,
Volvió Alaor, abrumado
Por una afliccion acerba.
No nacida de derrota
En la última refriega,
Sino hija de un amor
Que su pecho enseñorea.
Tuvo un encuentro, ó mas bien
Una reñida pelea
Con valientes nazarenos
Á los que robó su prenda,
Su prenda, hermosa cristiana
De muy pocas primaveras,
Tan pura, cual las huries
Del Eden de su Profeta.
Jamás en iguales casos
Sintió Alaor la tormenta
Que formó en su altivo pecho
Aquella nueva belleza.
Tierno y rendido, anheló
Conquistarse sus ternezas
No cual señor, como amante
Que el alma mas bien desea,
Y respetando su fé,
Su desgracia y su modestia,
Rodeóla de atenciones
Aguardando que pidiera
Ver al bravo triunfador
Que era entonces su defensa.
Así pasaron seis dias,
Y nada á Alaor le muestra
Que la bella á quien adora
Su imájen grata recuerda,
Ni que estima sus desvelos,
Ni que su pasion advierta,
Cuando ansiando descubrir
Su mala ó propicia estrella,
Á la estancia de la jóven
Se dirige con presteza.